

AGRICULTURA Y DEMOGRAFIA: EVOLUCION DE LA PROBLEMÁTICA (CON REFERENCIAS AL CASO INGLÉS)

La mayor parte de las ciencias progresan en nuestros días gracias a adquisiciones acumuladas de manera continua, que hacen y deshacen las concepciones de conjunto y los esquemas de base al paso y medida que se hace sentir su necesidad. Como producto de semejante praxis, la fisonomía de dichas ciencias en un momento dado es muy distinta a la que presentaba quince o veinte años antes, por lo que se puede predecir sin ser profeta que en el mismo lapso de tiempo cambiará sensiblemente otra vez, salvo si se produce algún accidente inesperado. Los ejemplos de esta evolución son tan numerosos a nuestro alrededor que nos dispensan de insistir.

Ahora bien, en el caso de la historia ¿se ha producido un fenómeno similar?. Nos podemos plantear tal pregunta, en especial en lo referente al tema que hoy nos ocupa: en sentido estricto, las relaciones entre agricultura y demografía; en su acepción más amplia, las relaciones entre el desarrollo de la economía y el nivel de vida de las poblaciones. Se constata, en efecto, que algunos resultados obtenidos hace ya dos decenios y algunas nuevas perspectivas abiertas permanecen casi como letra muerta para el gran público, mientras que, por el contrario, se mantienen posiciones y proposiciones que creíamos superadas y que con frecuencia se sostienen y esgrimen imperturbablemente aunque susciten numerosas objeciones.

Esta situación es inquietante y, además, malsana, ya que perjudica la "verdad" histórica y el progreso de la investigación. Por ello, lo que voy a decir a continuación —y que he repetido periódicamente— se justifica por el deseo de superar una problemática obsoleta y de aprovechar mejor los datos obtenidos estos últimos años. Además, me anima a ello la posibilidad de conseguir una historia más segura y autorizada, y de ayudar en cierta manera a la reflexión de los hombres que gobiernan y que asumen pesadas responsabilidades en lo refe-

Michel MORINEAU

Universidad de Clermont. Ferrand II

rente a la subsistencia y al bienestar de los pueblos. Sin todo ello, no me hubiera animado a repetir las mismas ideas una y otra vez.

LAS TRANSFORMACIONES DE LA PROBLEMÁTICA DESDE 1960

Cuanto remontamos el estado de la cuestión antes de 1960, nos sorprende la fragilidad de la problemática entonces vigente, su falta de rigor y una especie de gratuidad combinada con un gran aplomo en las afirmaciones. Así, se presentaban como indiscutibles cierto número de axiomas sobre el crecimiento demográfico; sobre la promoción de la agricultura primero y de la industria después y sobre la relación existente entre ambos sectores de la economía. Apenas se poseían en dichas fechas datos cifrados y los disponibles no eran sometidos a crítica ni apenas utilizados. Además, se razonaba dentro de un espacio limitado —Europa o, mejor aún, Europa occidental—, ignorando el resto del mundo, y no se procedía casi nunca a comparaciones entre países y a fortiori entre continentes, como no fuera para reiterar la superioridad, admitida por tradición y casi por esencia, de la Europa del Noroeste y, sobre todo, de Gran Bretaña (1).

1. Se entiende que en una presentación como ésta no puede hablarse de todo ni citar todos los trabajos valiosos publicados antes de 1960. Es preciso observar, sin embargo, que al contrario de los historiadores ingleses (G.E. Fussell, K. Bennet), que citaremos más adelante, autores como W. Abel: *Agrarkrisen und Agrarkonjunktur* (Hamburgo-Berlin, 1935) y C.E. Labrousse: *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIII^e siècle* (París, 1933) y *La Crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime* (París, 1943), introducen dema-

La publicación por B.H. Slicher Van Bath, en 1963, de sus investigaciones sobre los rendimientos agrícolas y, principalmente, sobre los cerealeros desde el siglo IX al XIX, constituyó un acontecimiento mayor en la evolución de la problemática (2). Por medio de la consulta sistemática de toda la bibliografía relativa al tema —impresa antigua y reciente, en su mayoría de autores polacos e ingleses—, nuestro autor consiguió ordenar las informaciones recogidas tanto en el espacio como en el tiempo, proponiendo el establecimiento de cuatro grupos de países y cuatro tipos de curvas que hacían aparecer, según él, un despegue efectivo de la Europa del Noroeste durante el siglo XVIII, materializando así la famosa "revolución agrícola" de esta época, de la que tanto se hablaba pero que no se había mostrado jamás. Lo que cuenta en esta tentativa no es el resultado —controvertido—, sino la elección llevada a cabo por el historiador holandés, en el sentido de hacer pasar el análisis de los hechos de lo cualitativo a lo cuantitativo; de esta manera se consolidaba la mutación de la historiografía, obligada en adelante a no contentarse con impresiones furtivas.

La contribución de Van Bath recibió diversa acogida, desde el aplauso a la reserva acusada. Pero todas las críticas que se le han dirigido no tienen el mismo peso. El reproche de haber privilegiado el rendimiento de la simiente (y el d-ratio) en detrimento del rendimiento por hectárea no se sostiene, debido a que es preciso admitir una estabilidad bastante grande de la cantidad de grano sembrada por unidad de

siados datos periféricos respecto al tema de la evolución de la agricultura para contribuir a su esclarecimiento.

2. B.H. SLICHER VAN BATH "De Oogstopbrengsten van verschillende gewassen, voornamelijk granen, in verhouding tot het zaaizaad, ca 810-1820". En A.A.G. Bijdragen, n° 9 (Wageningen, 1963) y "Yield ratios 1810-1820" en A.A.G. Bijdragen, n° 10 (id.)

28 superficie (3). Más grave era la heterogeneidad de los grupos geográficos constituidos y la desigual fiabilidad de los datos utilizados en la construcción de gráficas. La asociación en un mismo subconjunto de países con aptitudes geográficas muy diferentes parece poco coherente; el alineamiento con el mismo poder de demostración de cifras sacadas de fuentes diversas desde la estimación rápida del viajero a bordo de su berlina hasta los logros extraordinarios de las granjas piloto nos impide una adhesión sin reservas a sus resultados. Estas últimas consideraciones fueron las que nos condujeron a una encuesta más estricta, concerniente solo a Francia, cuyas conclusiones hicieron desaparecer la revolución agrícola de la historia de dicho país antes de 1840, por lo menos en lo referente al rendimiento de los cereales (4).

En esta línea, el progreso de la agricultura francesa propuesto por J. Toutain perdía totalmente su base, fueran cuales fueren las buenas intenciones del autor (5). Debido a lo que sucedía en el Hainaut y Flandes, donde se observaban rendimientos muy altos (tanto respecto a la época como a las regiones vecinas) en el XVIII, pero ya registrados desde la Edad Media, los resultados de Van Bath no parecían muy seguros precisamente en su zona más sensible, la de los países leaders, ya que

3. Objeción presentada por J. RUWET: "Le bld en pays mosan" Annales E.S.C. (París, 1964).

4. M. MORINEAU. Reseña de las obras precedentes en Annales E.S.C., 1966. También, Les faux semblants d'un ddmarrage économique: agriculture et démographie en France au XVIII^e siècle (París, 1978). Por último, Pour une histolre économique vrale (Prensas Universitarias de Lille, 1985).

5. J. TOUTAIN. Le Produit de l'agriculture française de 1700 a 1982 (París, 1961). A falta de haber levantado acta de la rectificación que se imponía, P MATHIAS y P. O'BRIEN han obliterado totalmente su comparación: "Taxation in Britain and France, 1715-1810. A comparison of the Social and Economic Incidence of Taxes Collected for the Central governments". Journal of European Economic History, 1976, pp. 601-690.

era preciso reconocer que en los Países Bajos, aparentemente y siempre desde el mismo ángulo de ataque, la revolución agrícola no había tenido lugar tampoco. Nosotros habíamos utilizado en nuestro trabajo, junto a indicaciones directas sobre los rendimientos (por simiente y por hectárea), las que nos proporcionaban las series decimales. Dicha fuente había sido utilizada antes por René Baehrel, al que se puede casi considerar como su "inventor" en Francia, lo que le valió algunos sarcasmos, y después por Le Roy Ladurie: el uso de estas series desempeñaría un papel fundamental en los debates ulteriores (6).

En efecto, sucesivamente, dos grandes encuestas colectivas iban a utilizarlos diezmos como instrumento de medida de la producción agrícola —cerealera la mayor parte de las veces— a través de los siglos. La idea era tanto más acertada cuanto que el carácter fijo de la detracción garantizaba una proporcionalidad constante sobre las cosechas. Pero, si se deseaba además extraer de las curvas decimales alguna enseñanza en lo relativo a los rendimientos, era necesario asegurarse de la ausencia de variaciones en la superficie cultivada; asimismo, se precisaba una atención cuidadosa a la "coloración" agrodinámica de cada período, con el fin de no comparar, por ejemplo, un decenio deprimido por varios años de sucesivos fiascos con otro caracterizado por una secuencia exactamente inversa de cosechas plétóricas (7). Curiosamente, un fallo crónico en la epistemología de uno de los investigadores generó un debate dudoso a este respecto.

La primera encuesta, que interesaba casi exclusivamente a Francia, hizo aparecer

6. R. BAEHREL. Une Croissance. La Basse - Provence rurale (fin du XVI^e-1789). París, 1961. E. LE ROY LADURIE Les Paysans du Languedoc. París, 1966.

7. J. GOY - E. LE ROY LADURIE (ed.) Les fluctuations du Produit de la Dime. Conjoncture dédale et domanlale de la fin du Moyen - Age au XVIII^e siècle. París, 1972.

con rapidez que el gran incremento de la producción de cereales, tan esperado para el siglo XVIII, no había acudido a la cita. Algunos dedujeron, lógicamente, al relacionar esta evolución con el aumento paralelo de la población, que no había habido despegue en el producto per capita, es decir, que no existía un verdadero crecimiento, hablando en términos de economista. Por mi parte, encontré en estos datos, refrendados por la multiplicidad de ejemplos, uno de los resultados de mi libro Les Faux-semblants... (8). Los directores de la encuesta, sin embargo, concedieron más atención a la modulación plurisecular observada por ellos, a veces con cristales deformantes, que constituía un calco de los esquemas puestos en circulación por F. Simiand y E. Labrousse. En cuanto a la situación durante el XVIII, defendían a toda costa la existencia de un verdadero crecimiento en algunas regiones, entre las que no figuraba el Languedoc. Desgraciadamente para esta tesis, ningún control validaba sus fundamentos, pero, desgraciadamente también para la limpieza de los debates, se impuso el prestigio personal sobre el reconocimiento de los hechos (9).

La polémica iba a evolucionar positivamente gracias a su integración en la perspectiva conjunta de los trabajos de L.M. Cullen para Irlanda y de Ch. Vandebrooke para el Flandes belga (10). Razonar úni-

8. En los países como Francia donde las series decimales se detienen en 1789 o 1790, el peligro de incurrir en errores de enfoque se duplica, ya que el último decenio fue particularmente bueno en gran parte del territorio.

9. Los que presentan hechos verdaderos en un debate científico no son responsables de las polémicas que se siguen, sino los que rehusan admitir esos mismos hechos porque contradicen sus propios resultados o sus ideas.

10. L.M. CULLEN. "Irish History without the potato". Past and Present, 1968, pp. 72-83; CH. VANDENBROOKE: "Aardappel en aardapelvebruik in de 17^e en de 18^e eeuw". Tijdschrift voor geschiedenis, 1969, pp. 49-69. Después, Agriculture et Alimentation. Lovaina, 1979.

camente sobre los cereales suponía un repliegue excesivo de la atención, lo que podía falsearla sana apreciación de la evolución agrícola en el siglo XVIII, en la medida en que su progreso se habría realizado paralelamente al del cultivo del trigo y no a causa de él. La patata, cenicienta convertida en hada, ¿no habría desempeñado en dicha centuria el papel atribuido por la historiografía al centeno y al trigo?. ¿Y por qué no el maíz desde el XVII o el trigo negro desde el XV?. En medio de estas aventuras, la reflexión sobre la "revolución agrícola" conducía a perder sus huellas. Además, un nuevo análisis puntual iba a acentuar la vanidad de tales afirmaciones (11); ni en Lorena, ni en el Midi aquitano, ni en Bretaña, la patata, el maíz o el trigo negro consiguieron hacer franquear el umbral decisivo a las disponibilidades alimenticias por cabeza. A partir de entonces, la causa estaba fallada para Francia. Era inútil buscar en ella un "verdadero crecimiento" evanescente. Por el contrario, se esbozaba una dialéctica apasionante, la de la relación mantenida por la población con sus recursos. Los nuevos cultivos se introdujeron casi siempre a causa de un período de escasez y tuvieron como primera misión paliar momentáneamente las deficiencias alimenticias, ayudando así a disminuir sus efectos inmediatos y, verosímelmente, a reducir el impacto de las crisis demográficas. Pero al continuar el crecimiento de la población, fue preciso continuar practicando estos nuevos cultivos. Con frecuencia, su propagación fue acompañada de un doble proceso: uno, de pauperización relativa (la patata se consideraba un alimento menos "noble") y otro de conquista agrícola. No obstante, el tubérculo podía reaparecer, fuera de los momentos de crisis, con fines especulativos por obra de campesinos acomodados —con sus graneros

11. M. MORINEAU. "Révolution agricole, révolution alimentaire, révolution démographique". *Annales de Démographie Historique*, 1974, pp. 335-371.

repletos — que sacaban partido del producto en cuestión bien directamente a través del mercado, bien indirectamente utilizándolo en la crianza de cerdos y vacas (12).

Esta situación contrastada, múltiple y compleja, que reflejaba la ausencia de un despegue agrícola, fue captada también en la segunda encuesta sobre los diezmos, esta vez a escala europea. Los notables trabajos de los historiadores españoles lo evidencian con todo lujo de detalles. Algunos de ellos descubrieron en Galicia y en el País Vasco que el maíz sostuvo desde el siglo XVII un crecimiento generador de densidades muy altas (más allá de los 20/40 habs./Km², característicos del "mundo lleno" tradicional), es decir, un aumento de población pero no un verdadero crecimiento. El espacio libre existente en el reino de Murcia, las tierras vírgenes de Hungría, Ucrania y Siberia habían sido el instrumento que permitió el desarrollo del poblamiento. Era fácil percibir, por medio de análisis comparativos, que en esta época de campesinado numeroso en todas partes, el producto agrícola bruto por cabeza era casi el mismo por doquier; propuesta que había sido adelantada para la India y China. Por consiguiente, todo estaba a punto en 1978 para que en Edimburgo se recogiesen estos resultados, así como el desplazamiento de la problemática recomendada por ellos (13).

Sin embargo los ponentes, que eran los mismos de antes, pensaban de otra manera. Todos ellos se atrincheraban en sus viejas posiciones, empeñándose en reducir las disparidades, en defender su "modelo"

12. Todo esto está expuesto en el artículo citado en la nota precedente. Sus ideas han sido confirmadas por los trabajos de J.M. DEBARD sobre la región de Montbéliard en el *Bulletin de la Société d'Emulation du Doubs*, 1978, y de D. ROSSELLE sobre el Bétunois.

13. Trabajos españoles de A. EIRAS BOEL, J.M. PEREZGARCIA, B. BARREIRO MALLON, J. GARCIA LOMBARDEO, L.M. BILBAO, F. FERNANDEZ de PINEDO, M.T. PEREZ PICAZO, G. LEMEUNIER, etc.; para Hungría, de N.I. KISS, etc.

cronológico de evolución y, para colmar la medida, en sacar del sombrero — como los prestigiatadores — su ejemplo de "crecimiento verdadero" e incontestable... siempre que nadie se acercara mucho para verificarlo (14). No hace falta insistir en los desastrosos resultados que para la investigación ha tenido esta obstinación: los verdaderos problemas no han podido ser planteados. Dichos problemas pueden agruparse en dos grandes bloques: uno, referente a la relación demografía-subsistencias, que debe ser seguida de cerca; otro, relativo a la extensión a escala del globo de la observación sobre la evolución de los grupos humanos. Unos y otros toparon con las tesis de E. Boserup como lo hacen las ondas con los espigones plantados en medio de la comente de un río.

ENGLISH SPOKEN

Ha sido necesaria una circunstancia fortuita para que el dossier, sumariamente inventariado, sea reabierto y completado en algunos puntos que no habían sido todavía abordados. La ocasión fue un coloquio entre economistas y demógrafos y, sobre todo, el empecinamiento de un colega que, obstinado en restaurar el concepto de revolución agrícola para Francia, se confundió en las medidas de peso y de capacidad, tomando los hectolitros de trigo por quintales y asegurando de esta forma, con poco esfuerzo, un aumento de los rendimientos del 30 %, obtenido en un tiempo record (entre 1815 y 1840 aproximadamente). Ello prueba que la mala dirección impuesta a una investigación determinada puede dar lugar a avatares, digamos, curiosos. Aún sin insistir en este hecho, nos vemos impulsados, con el fin de conjugar en el futuro inmediato semejantes fantasías, a interrogarnos a fondo sobre el origen de la noción de revolución agrícola en

14. J. GOY - E. LE ROY LADURIE: "La dime et le reste, XIV^e - XVIII^e siècles". *Revue Historique*, 1978, reeditado, entre otros, en *Prestation payanne, dîmes, rente foncière et mouvement de la population agricole a l'époque préindustrielle*. Paris, 1982.

30 la historiografía, sobre su correspondencia con lo hecho y, puesto que las tesis de E. Boserup estaban en el programa del coloquio, a averiguar su pertinencia (15).

La literatura anglosajona ha sido la primera que hemos consultado para intentar encontrar la **agrícola** revolution. Nuestra atención se ha dirigido primero hacia A.J. Toynbee, inventor del término industrial revolution. Pues bien, él solo habla de una agrarian revolution y lo mismo sus contemporáneos, como R.E. Prothero, mejor conocido como Lord Ernle, lo que no es la misma cosa (16). Agrarian revolution, es decir, la revolución agraria designaba un hecho jurídico, social o, si se quiere, geográfico: la autorización concedida a los propietarios ingleses para cercar sus tierras, las consecuencias del hecho en el equilibrio de la sociedad rural y la transformación producida en el paisaje. Los autores subentienden, habitualmente, que la agrarian revolution tal como acabamos de definirla fue acompañada de una revolución agrícola stricto sensu, es decir, de una mutación en el orden de la economía rural y de la producción. Pero esta afirmación, que remonta al siglo XVIII, y es contemporánea a la marejada de las Enclosure Acts, se confunde casi con una petición de principio, no encontrando para apoyarse más que unos pocos ejemplos estereotipados, de alcance mal medido o sin medir en absoluto y de datación incierta: tradición, pues,... pero reciente (17).

15. Lo que sigue resume la "Modeste communication à l'usage du 3^{ème} atelier", presentada al Coloquio en cuestión (París, 1983) y su versión más corta, "L'authentique et le superficiel", pub. en *Annales de Démographie Historique* (en prensa).

16. A. TOYNBEE. *Lectures on the Industrial Revolution in England. Popular Addresses, notes and other fragments*. Londres, 1884; E.E. PROTHERO (Lord Ernle). *English Farming. Past and present*. Londres, 1895.

17. Es posible que se puedan encontrar antes de Toynbee alusiones a una "revolución agrícola" ligada a la "revolución agraria", ello es exacto en el caso de Young. Sin embargo, la expresión no se empleaba aún y las alusiones que conocemos no pasan de una afir-

Por lo que he podido juzgar, el término agrícola revolution fue introducido formalmente en los debates en 1925 por el historiador americano N.S. Gras. La expresión le pareció necesaria y se sirvió de ella para una distinción categórica entre dos agrarian revolutions. R.N. Tawney había advertido poco antes una primera transformación de los campos ingleses, que había creído observar en el siglo XVI debido a la influencia, como en el XVIII, del movimiento de enclosures. N.S. Gras (18) concedía a su colega inglés que una presión de ese tipo habría podido existir y hasta generar algunas mejoras agrícolas, pero que no se podía hablar de una agrícola revolution en sentido pleno antes de la segunda ola de la revolución agraria, iniciada, en torno a 1780. La idea tardó en penetrar en la historiografía británica y, cuando se vuelven a leer los libros que tratan de la agricultura inglesa en la transición del XVIII al XIX, nos apercibimos de que el término se utiliza o bien como sustituto lingüístico cómodo de agrarian revolution o bien con cierto embarazo, pues los autores son conscientes de su auténtica connotación semántica y tienen dificultades para encontrarle justificación en los hechos... hasta el punto que algunos de entre ellos no ocultan que están empleando un locus communis que se funde como la niebla ante el sol en cuanto se le somete a un análisis riguroso.

El éxito del concepto y del término que lo designa fue aún más edificante en Francia. Es preciso recordar, en primer lugar, que en el siglo XVIII la anglomanía de París colocó muy por encima de la miserable agricultura francesa los éxitos de su homóloga británica. Pese a los sobresaltos patrióticos experimentados bajo la Convención y el Imperio, la influencia combi-

18. R. TAWNEY. *Agricultural problem in the 16th Century*. Londres, 1912; N.S. GRAS. *A History of agriculture in Europe and America*. Nueva York, 1925.

niada de Young, Waterloo y la Revolución Industrial extendió la convicción de que los campesinos que vivían entre Calais y Saint Paul de Vence y desde la frontera alemana a la española, estaban lamentablemente atrasados respecto a sus colegas del otro lado de la Mancha. Este juicio se vio ligeramente mitigado durante el siglo XIX porque desde un punto de vista republicano no se podía, sin perder la cara, quitar toda eficacia a la Revolución de 1789. La idea de una revolución agrícola en la Francia del XVIII no se insinuaba siquiera en los espíritus (19). El primero que sugirió su existencia no fue un historiador de profesión, sino Jean Jaurés, que utilizó un razonamiento impregnado por una lógica a la vez filosófica y política, cuya debilidad es bastante evidente. Según él, los burgueses franceses, miembros de la clase ascendente de la sociedad e ilustrados, no habían conseguido conducir a Francia por la vía del progreso agrícola en el siglo XVIII (20).

El éxito de la Historia socialista de la Revolución Francesa, ¿convirtió a su público a esta idea nueva y un poco nebulosa? Cierta número de historiadores —y no los menos importantes— no se dejaron arrastrar, pese al continuo enfrentamiento con el director de *L'Humanité* sobre la cuestión de las representaciones sociales y las concepciones políticas. Pero la adopción de temas movilizadores en historia no procede siempre de razonamientos rigurosamente científicos (21). La corporación sentirá, tal vez, su honor rehabilitado cuando sepa que el introductor de la expresión "revolución agrícola", aplicada a un trozo del territorio francés para el siglo XVIII, es un geógrafo. Se trata, en efecto, de Daniel Faucher que, en 1927 —o sea, dos años después de la invención de N.S.

19. G.E. MINGAY. *The Agricultural Revolution. Changes in Agriculture 1650-1800*. Londres, 1979.

20. J. JAURES. *Historie socialiste de la Révolution Française*. París, 1900. Tomo I.

21. Entre los recalitrantes, Michel AUGÉ - LARIBÉ, Henri SEE y, como veremos, Marc BLOCH.

Gras — ha gratificado sus análisis sobre las llanuras del Ródano medio con esta calificación harto exagerada (22). Pero va a corresponder a Marc Bloch la banalización, cuando no la imposición, del uso del término en cuestión, y ello en condiciones de ambigüedad perfectas. Pues Marc Bloch no era partidario de la revolución agrícola del XVIII: lo dijo en sus *Caracteres originales de la historia rural francesa*. Para él, en el fondo, la única revolución, la verdadera, era la del siglo XIII, con la introducción del arado de vertedera y todo el resto, por lo que la evolución ulterior puede describirse como un proceso multiseccular consistente en pequeñas mejoras que se suman unas a otras — efecto acumulativo — y cuya importancia se acrecienta en el XVIII. Pero aun rechazando el concepto, Bloch utiliza la expresión y batalla con ella como si fuera inevitable. Así, ha creado una tradición — muy reciente, por cierto — que la devoción acritica se ha tragado sin mastigar y cuyos representantes fruncen las cejas al solo intento de pedir una aclaración (23).

Yo no sé si el repaso historiográfico que he realizado rebaja o no la soberbia de los partidarios de la revolución agrícola 'pura y dura' durante el siglo XVIII. En todo caso, está claro que no pueden esgrimir para mantener tal creencia la existencia de un consenso universal que se remonta a los tiempos primitivos. Su contraataque podría centrarse — ello se adivina fácilmente — en el carácter logomágico de la discusión precedente, '¿qué importa que la expresión no haya conseguido precozmente derecho de ciudadanía? lo que cuenta son los hechos, y si nosotros tenemos la certidumbre de una transformación profunda de la agricultura y de sus resultados en el XVIII, tenemos derecho legítimamente a hablar

22. D. FAUCHER. *Plaines et Bassins du Rhône moyen entre Bas Dauphiné et Provence*. Paris, 1927.

23. Todo ello está más ampliamente explicitado en la "Modeste Communication".

de una revolución agrícola". Es preciso hacer notar que el debate solo interesa a un país en Europa: la Gran Bretaña. Fuera de ella, y en lo relativo a los dos parámetros, aumento de la producción, aumento de la población, sabemos que no hubo verdadero crecimiento sino un proceso mucho más complejo. En mi libro *Les faux-semblants...* dejé en suspenso el juicio sobre Inglaterra, considerando que era necesario profundizar nuestras informaciones. Pero tal como se planteaba la cuestión entre los historiadores ingleses ya entonces se podían aprehender algunos hechos sorprendentes: la escasa diferencia entre los rendimientos medios del trigo francés e inglés en 1840, y su aproximación, hasta casi llegar a la paridad, si se limita la comparación a la Francia del Noroeste, la más parecida por su posición geográfica, su clima y sus aptitudes agrícolas a las campiñas tan caras a Constable. Ya es tiempo de plantear esta cuestión (24).

Desde 1948, un artículo de Michael Turrer demostró que en Inglaterra no existen elementos que permitan afirmar la existencia de una transformación radical de la productividad desde el punto de vista de los rendimientos del trigo (25). En este aspecto existen dos modulaciones y dos tesis enfrentadas: la de K. Bennet, que opone los 10/15 bushels por acre de los tiempos de Gregory King (fines del XVII) a los 23 de A. Young en 1772, concluyendo que existió un crecimiento rápido, una "revolución"; y la de G.E. Fussell que, tabulando 20 bushels por acre a comienzos del XVIII y 22 a filiales, se inclina por una evolución lenta. La modificación más importante se

24. M. MORINEAU. *Les faux-semblants...* Op. cit., pp. 73-87. Lo que sigue ha sido expuesto en "La Révolution agricole anglaise, un coup de pub?", comunicación inédita al Seminario de Historia Económica organizado en Ginebra (1984) por A. M. PIUZ y P. BAIROCH.

25. M. TURNER. "Agriculture Productivity in England in the 18th century: Evidence from Crop Yields". *Economic History Review*, 1982. Publicados en 1971, *Les faux-semblants* habían sido escritos en 1968.

debe en parte a Turner, y consiste en la rectificación a la baja de las estimaciones de Young, que deben ser reducidas a 22, 21 y hasta 20 bushels por acre, de tal manera que no se habría conseguido ningún progreso entre 1772 y 1837, fecha de publicación de las estadísticas de MacCulloch, que habla igualmente de 21 bushels por acre a comienzos del reinado de Victoria (26). Por tanto, la contribución de K. Bennet, la única favorable a la revolución agrícola, no parece de recibo. Sea cual sea la reputación de Gregory King, no se debe olvidar que, tributario de su época, no estaba en condiciones de proporcionar sino aproximaciones, y que sus cifras se han obtenido un poco a ciegas, por tanteos sucesivos, como las de su contemporáneo Vauban. El mismo no se privó de proponer otra y es... la de 20 bushels por acre a fines del XVII. Esta reestimación concuerda con los rendimientos "calculados" por G.E. Fussell a partir de explotaciones reales y es incontestablemente más sólida que las anteriores: ya podemos ponernos de luto por la agricultura1 revolution inglesa del XVIII (27).

Una alusión a la agricultura de este país después de 1837 nos será útil y no supone una digresión excesiva. En torno a esta fecha se puede repetir la comparación con Francia. Pues bien, diversos muestreos y conversiones metrológicas nos condujeron a admitir un rendimiento de 18 hectólitros por hectárea en Inglaterra contra 12'7 en Francia hacia 1840. Sin embargo, si restringimos la zona comparada en este últi-

26. M. TURNER se apoya en las encuestas del Board of Agriculture. Las evaluaciones de Young sobre los rendimientos medios del trigo en Inglaterra varían: la que apunta en 1772 es de 20 bushels por acre o algo más (¿20 1/4?). Cf. A. YOUNG. *Political Essays concerning the present state of the British Empire*. Londres, 1772. Pp. 97 y 98.

27. Evaluación de Gregory King dada por J.P. COOPER: "The Social Distribution of Land and Men in England, 1436-1700" *Economic History Review*, 1967. Reed en J. THIRSK - J.P. COOPER. *17th Century Economic Documents*. Oxford, 1972.

32 mo país a su parte noroeste, como antes hemos hecho, y utilizamos superficies iguales, la ventaja pasa, aunque con escaso margen, al lado de acá del Canal de la Mancha (28). Si seguimos la evolución a lo largo del siglo XIX, nos encontramos con la dificultad de que Gran Bretaña no dispone de estadísticas anuales semejantes a las del Ministerio de Agricultura francés hasta 1884. Solo disponemos de estimaciones contradictorias y, por tanto, difíciles de utilizar sin tomar precauciones (29). Simplificando el procedimiento, vayamos a un parangón entre los dos países en el último decenio, por ejemplo en 1892, fecha bastante normal en ambas partes, la media nacional inglesa para el trigo era entonces de 23'7 He/Ha y la francesa, 16'4. Las proporciones, pues, no han cambiado, lo que sorprenderá a los que habían oído hablar de cierto high farming que habría producido, hacia 1850, una modernización extraordinaria en Gran Bretaña, así como un nuevo desclasamiento de los campesinos franceses... evidentemente atrasados y rutinarios. Pero si limitamos la comparación de manera aún más drástica que antes, haciendo coincidir la superficie sembrada de trigo en Inglaterra y la del Noroeste en Francia, la diferencia disminuye: 23'7 contra 20 He/Ha. Pero en la zona gala, el porcentaje de tierras trigueras se eleva al 20% en relación con la superficie total, mientras que en Inglaterra solo supone un 6%. Ello significa que en Francia, debido a una fijación más fuerte de sus habitantes al suelo, las tierras de mediana y mediocre calidad están cultivadas, lo que no sucede en Gran Bretaña. Como corolario podemos decir que, cuando se afina la comparación, en condiciones físicas de

28. Para esta comparación se han retenido del lado francés todos los departamentos situados en el interior de una curva envolvente que pase aproximadamente por Givet - Reims - Orléans - Nantes.

29. Existen enormes discordancias a mediados del XIX entre las estimaciones de TOOKE y las de LAWES.

explotación idénticas, la agricultura francesa del Noroeste era más productiva que la inglesa (30).

¿Cómo explicar semejante embrollo?. La respuesta no es difícil si tenemos en cuenta algunos rasgos fundamentales de las economías antiguas: por un lado, el fuerte peso de los factores físicos (suelo, clima...) en las explotaciones agrícolas y en sus resultados, por otro, cierta inclinación en áreas concretas por la elección de determinados modelos. En este sentido, Inglaterra poseyó desde fechas bastante antiguas una agricultura próspera, aunque a un nivel parecido al de sus vecinos y, como la de ellos, con 'puntas' y depresiones (31). También como en el continente, no se trata de un arte fijado de una vez por todas: la innovación se instala en pequeñas dosis, según el esquema de M. Bloch: la célebre rotación de Norfolk lo revela (32). Hubo también agrónomos importantes: Lord Townsend, Jethro Tull, etc., que consiguieron difundir sus ideas. Las de este último serían recogidas por Duhamel de Monceau en Francia y dieron lugar, por vez primera, al sentimiento de inferioridad respecto al modelo británico, en la medida que se le propuso como ejemplo a imitar. Sin embargo, no todo el mundo quedó convencido de semejante superioridad, como sucede con el propio Arthur Young

30. Para la comparación hemos retenido los departamentos del Nord, Pas de Calais, Aisne, Somme, Seine-Inférieure, Oise, Seine-et-Oise y Seine, cuya superficie sembrada de trigo cubría en 1892 995.827 Ha. sobre un total de 48.500 Km², mientras que en Inglaterra la proporción era de 966.000 Ha. y 144.000 Km² respectivamente. P.K. O'BRIEN, D. HEATH y C. KEYDER han llegado a resultados parecidos en su trabajo, "Agricultural Efficiency in Britain and France 1815-1914". *Journal of European Economic History*, 1977, pp. 339-391.

31. Puntos positivos probablemente, una mayor regularidad dimática. Puntos negativos, una explotación menos intensiva que en Flandes a causa de una densidad humana menor.

32. Sus huellas se encuentran ya en el siglo XIV... y asimismo, ha sido practicada en gran escala desde finales del XVII.

en 1764. Cuando escribió sus *Farmer's letters* estaba bajo la influencia de las dificultades sufridas en Gran Bretaña a consecuencia de las malas cosechas y de la terrible noticia de que Francia había decidido liberar las exportaciones de grano, temiendo para su país las desastrosas consecuencias comerciales del hecho. Por ello concluye que es necesario renovar la agricultura inglesa (33).

A falta de una experiencia personal realmente convincente, A. Young tiene dos o tres recetas ya veces aprendidas en un texto francés! (34). Los turnips, las enclosures etc, son procedimientos solicitados por él a sus lectores, los gentlemen farmers, a los que visita en sus viajes por Gran Bretaña. La coyuntura, aunque mala meteorológicamente para la agricultura, fue buena para nuestro autor, porque existía un gran interés en el país hacia los mejores medios para hacer crecer el trigo, que escaseaba, al igual que en París en la misma época. Pero esta transformación que preconizaba, ¿se produjo realmente?. En el paisaje, desde luego, pero sería temerario atribuir a Young toda la responsabilidad (35). En el contexto social puede ser también, pero no sabemos si los contemporáneos se dieron cuenta de ello. Y en cuanto a los resultados, Inglaterra aseguró su subsistencia más bien que mal, pero deja de exportar trigo y comienza a importarlo poco a poco. Sin embargo, el país conoce serios sobresaltos en estos años y lo menos que puede decirse es que A. Young y el Board

33. A. YOUNG. *Letters concerning the present state of the French netlon*. Londres, 1769.

34. Este parece ser el caso de la rotación de Norfolk, conocida a través de un autor que Young identifica en su Autobiography como el conde de Boulainvilliers (?). Cf. en la misma obra las recomendaciones de Walter Hart al joven Arthur: "If you read French I would recommend a chearing idea to you in this enclosing age, hamely a best 12mo called l'amélioration des terres by Patullo..."

35. Como lo prueba la carta citada en la nota precedente, de Walter Hart, y el progreso de las Enclosure Acts en el siglo XVIII.

of **Agriculture** en el que trabajaba intentaron hacerles frente, pero apenas tenían otra solución a proponer que los cercados y siempre los cercados en todo el país, plan grandioso y utópico. El colmo de la ironía es que el punto de partida de esta campaña no fue otro que las compras que Inglaterra se vio obligada a realizar en Francia para solucionar los problemas de la soldadura en 1810... Entonces, claman los oráculos de Ceres, hemos sido traicionados: los secretarios de las Sociedades de los condados eran unos perezosos, los granjeros solo pensaban en sí mismos... (36). En suma ¿dónde está la revolución agrícola?

Todo esto, naturalmente, no afectó al público continental. El veredicto de A. Young, poco piadoso para la agricultura francesa (en 1789 llega la revancha de 1764!), sobrevive a las vicisitudes de los tiempos y llena los corazones de una sana humildad, sin hablar de las peregrinaciones a los **manoirs** de Coke Of Holkham. Esta imagen de marca de Inglaterra ha perdurado durante el siglo XIX (y hasta el XX), a falta de un estudio estadístico que hubiera puesto las cosas en su lugar. Hasta un Leonce de Lavergne que, en 1856, se da cuenta del parecido existente entre los campos del centro de la Cuenca de París y Normandía con los ingleses, no está libre de este sentimiento (37). Pero ¿podía estarlo?. Los expertos británicos publicaban unos resultados de su agricultura realmente extraordinarios y el propio Tooke anunciaba en 1853 unos rendimientos medios (?) de 37 bushels por acre y, en 1854, 57. ¿Quién habría dudado leyendo estos boletines victoriosos sobre el aplastante adelanto de Gran Bretaña?. Desgraciadamente, el barómetro estaba roto, como lo prueban las modestas cifras de 1892.

36. A. YOUNG. *On the Advantage which have resulted from the establishment of the Board of Agriculture* (2 de mayo de 1809). Londres.

37. Leonce de LAVERGNE. *Economie rurale de la France depuis 1789*. París, 1860.

Agricultural revolution y revolución agrícola no son otra cosa, pues, que accidentes de la historiografía.

LA NUEVA PROBLEMÁTICA.

Es preciso que se me entienda bien. No tengo la intención de describir la agricultura inglesa en los siglos XVIII y XIX solo con lo dicho hasta ahora: la parte más delicada de la historia es siempre relativa a las matizaciones y a la ponderación adecuada para caracterizar tal o cual fenómeno en relación con otros o en sí mismo. No he negado en ningún momento que haya habido cambios, acondicionamientos sucesivos o incluso progresos en la rubia Albión durante las épocas consideradas. Pero creo que deben ser medidas y comparadas, siempre que se pueda, con los resultados de otros países: es el procedimiento que antes hemos seguido, pero con una toma de partido previa, el adelanto británico, y una ausencia de hitos exteriores, válidos, lo que comprometía de antemano la conclusión a obtener. Hoy poseemos más medios para calibrar nuestras admiraciones, lo que nos proporciona la respuesta a una objeción planteada en Lugo. "Bueno, dijo un participante, vemos o queremos admitir que los rendimientos del trigo han permanecido estables en torno a los 20 bushels por acre, pero al lado de este resultado nulo ¿cómo se pueden olvidar todas las adquisiciones paralelas como la conclusión del barbecho, la producción de nabos, los cultivos secundarios, etc.?. Estas mejoras son positivas: la aparición de un excedente corresponde a lo que se está en derecho a esperar de la revolución agrícola". La objeción es infundada, pues se inscribe subrepticamente en el interior de la antigua problemática e ignora los datos nuevos.

Según ella, todo es blanco o negro; todo permanece inmóvil antes de la fecha 36 y fluido después. Pero este maniqueísmo económico retrospectivo carece de refe-

rencias y aún menos en Inglaterra, donde algunas transformaciones experimentadas en los siglos XVIII y XIX tenían antecedentes muy antiguos, a veces en la Edad Media (38). Así, la rápida desaparición del barbecho no siempre ha sido confirmada por las monografías regionales. Otro punto oscuro: la ausencia de comparaciones con lo que pasa fuera. Así, la explotación agropecuaria rotativa o el desarrollo de las plantas forrajeras son "novedades" que aparecen en fechas diversas en Francia, la Bretaña marítima, Galicia, Campania y hasta en el corazón de la Auvernia desde 1730. Desde este ángulo de visión, no puede afirmarse la superioridad británica como no sea descalificándolos éxitos homólogo~El argumento vale también para la ganadería (39) e incluso para la productividad humana que habría aumentado a consecuencia de la ex-revolución agrícola inglesa. La relación entre población urbana y rural, en la que se apoyan ordinariamente ciertos historiadores para establecer aquella, ha sido durante mucho tiempo inferior en Inglaterra respecto a Italia, por ejemplo. Y ello aún teniendo en cuenta la importancia del sector agrícola que subsistió en el interior de las ciudades de la península. Dos problemas interfieren en esta cuestión: el de las mejoras de la productividad, por supuesto, pero también la manera como se establece en los campos de un país el equilibrio bio-social a través del reparto de los recursos y de los empleos (40).

38. N. RICHES. *A study in 18th century Agriculture in the County of Norfolk*. Chicago, 1934. B.M.S. CAMPBELL. "Agriculture progress in Medieval England. Some evidence from Eastern Norfolk". *Economic History Review*, 1983, pp. 26-43.

39. Cf. la ganadería de Dinamarca, Holanda, Flandes y, en Francia, la de Normandía en lo referente al peso de los animales y otro tanto para la producción lechera.

40. Por equilibrios bio-económicos entiendo la relación entre el esfuerzo de producción de los hombres en un lugar determinado y los recursos o capacidades de producción de ese mismo lugar; por equilibrio social entiendo el precedente pero considerado desde

34 Llegados a este punto, tropezamos con el dilema entre pequeña y gran explotación y entre agricultura familiar y capitalista. Reservemos provisionalmente su examen, pues es preciso ocuparnos antes de las tesis de E. Boserup y de su relación con la nueva problemática que se esboza. Al establecer entre población y subsistencias una relación de adaptación perpetuamente renovada, hemos llevado agua al molino de nuestra colega danesa, en opinión de algunos autores. En realidad, lo que ella defiende es que, cuando un grupo humano aumenta, intenta paralelamente desarrollar sus recursos movilizándolo su capacidad de trabajo. Sin embargo, no deben confundirse nuestras dos perspectivas. Hay en la obra de E. Boserup ciertos presupuestos y un aspecto normativo al que no nos adherimos. Salvo error de nuestra parte y con todos los respetos, se nota la época en que cristalizó su concepción y el patronato de W. U. Rostow, bajo el cual está colocada implícitamente. Ha sido construida como alternativa a las fórmulas del crecimiento económico prodigadas anteriormente a los países del Tercer Mundo y que no habían tenido éxito. Puesto que la entrada en la era de la industrialización por la vía de esta última había fracasado, ¿por qué no volver a una opción menos ambiciosa pero más segura y preconizar el desarrollo de la agricultura en cada país, con el fin de alcanzar la autosubsistencia primero, como antes en Europa, hasta llegar después a la revolución agrícola?. Bastaba, pues con subirse las mangas y recordar los grandes ejemplos históricos que, probaban como sudando un poco más, el hombre había conseguido siempre salir de apuros y alimentarse a sí y a sus hijos (41).
Lo dicho anteriormente hace aparecer

el punto de vista de su repercusión en el grupo humano, a través de la organización social y la jerarquía que de ella resultan.

41. E. BOSERUP. *The conditions of agricultural growth*. Londres, 1965.

una de las líneas de fractura que separan la obra de E. Boserup de nuestra propia visión de las cosas. Puesto que la "revolución agrícola" o mejor, un verdadero crecimiento determinado por el progreso agrícola no se produjo en Europa Occidental durante el siglo XVIII, no pudo generar el desarrollo ulterior de esta parte del mundo y no puede ser propuesto como modelo a los países que buscan su despegue económico, aspirando a las delicias de la sociedad de consumo (42). La obra de E. Boserup se resiente también de su forma de composición, que ha pasado desapercibida en medio de la ola de entusiasmo con que fue recibida por un sector del público. Está hecha por medio de citas procedentes de otros libros, formando un conjunto dispar; de segunda a tercera mano en muchos casos e introduciendo en otros párrafos asombrosos que a veces nos dejan perplejos (43). Pese a todo, el principal logro de la tesis de nuestra autora reside en el no reconocimiento de "límites" a la ecuación planteada por ella: aumento de población — aumento de producción - aumento de tiempo de trabajo - aumento de recursos — vida más fácil y crecimiento demográfico. En efecto, si nos libramos de una percepción en exceso globalizante de Europa a comienzos de la industrialización y analizamos sobre el mapa las evoluciones reales, ya contrastadas, nos apercebimos de que se han dado también en su suelo ciertos casos de crecimientos sin desarrollo, análogos, aunque a una escala más

42. Es un tema que he abordado varias veces, comenzando por una comunicación al Congreso de Leningrado (1971) y continuando por la del Coloquio Malthus au village, publicado en A. FAUVE - CHAMOUX (ed.): *Malthus, hier et aujourd'hui*. París, 1984. Entre otros...

43. Cf. lo que E. Boserup dice de los patroncitos de América Latina que, para evitar la fatiga a sus pobres peones se encargan ellos mismos de ir a la ciudad a comprar las mercancías que aquellos necesitan y se las revenden muy gentilmente (¿con un beneficio honesto?). Cf. pag. 73 de la edición francesa (1979). O lo que se cuenta de los zamindari en la pag. 175..

reducida, de lo sucedido en Asia, África y América del Sur, donde la población ha podido aumentar, las subsistencias producirse con mayor abundancia para sostener este crecimiento mientras que el nivel de vida permanecía estancado o en descenso (44).

La ineficacia de los remedios propuestos a los países en vías de desarrollo deriva de un análisis insuficiente de las condiciones de despegue y de la evolución de Occidente, lo que ha ocultado cierto número de factores esenciales y unas circunstancias no reproducibles. Además, la idea de E. Boserup de que una cantidad de trabajo añadida a la anterior es el "ábrete sésamo" del progreso y su raíz psicológica, tropieza con la tendencia humana, por lo menos tan inveterada como la otra, a economizar esfuerzos y a no agotarse para producir aquello que puede procurarse en otra parte con menor coste y a resistirse a la inanidad de dichos esfuerzos cuando no logran otra cosa que la reproducción de una vida miserable, sin ofrecer ni la liberación ni la expansión (45). Estas observaciones son una simple constatación y no intento a través de ellas simplificar abusivamente la situación, sino mostrar su complejidad. Tampoco trato de imponer una solución particular, sino de sacar a la luz ciertos parámetros, apartar pseudo ejemplos y devolver al problema su dimensión social, por lo que solo puede ser resuelto por una concertación política del mismo orden.

En segundo lugar, está la cuestión de la pequeña explotación y el gran dominio, so-

44. Temas abordados en *Des origines de l'inégalité développement* (inédite), 1977; *Malthus au village*. En *Pour un histoire économique vraie*, op. cit.; *Histoires des dinars*..., ya citada y la "Modeste Communication".

45. El problema en 1985 debe ser examinado en las condiciones de 1985. La concurrencia de los cereales ofrecido* o vendidos a bajo precio a los países africanos es una de las circunstancias que modifican los datos del problema

metida a examen por los congresistas de Budapest en 1982, como se recordará (46). Ello dio lugar a un desacuerdo poco agradable con nuestros colegas de Europa del Este, debido a la utilización del término "gran dominio" en la acepción que es habitual en una problemática marxista (el gran dominio feudal), mientras que en Occidente se es más propenso a una consideración estrictamente económica, es decir, referida a la pequeña y gran explotación (definidas según su tamaño) y, eventualmente, a la inversión de hombres y capital, cuyas diferencias pueden actuar como elementos de discriminación (47). La discusión avanzó poco a causa de este malentendido. Además, estaba comprometida antes de haberse iniciado a causa de una doble reducción de su campo: en el tiempo, porque se acordó detenerse a comienzos del siglo XX; en el espacio, porque no se salió de Europa. Pero, para todo aquel que carece del prejuicio de las periodizaciones-guillotina y que se esfuerza en plantearse los problemas con toda su amplitud, la prolongación cronológica de la observación histórica hasta nuestros días y la aprehensión en la época inmediatamente contemporánea de la manera como el duelo se prosigue, condicionan sin anacronismo su mirada sobre el pasado y la orientación de sus investigaciones. Después de todo el debate sobre las ventajas y desventajas de la pequeña explotación "familiar" en comparación con el gran dominio "capitalista" alcanzó su momento más vivo en el transcurso del siglo XIX y, en los países socialistas, en 1982-1984; se trata de los estudios sobre la rentabilidad de la parcela individual frente al *kolkhoz* o el *sovkhoz*, herederos en cierto sentido

46. Gmnd **Domaine** et petites exploitations en **Europe** au Moyen Age et dans les **Temps Modernes**. Cf. los Estados de la cuestión nacionales publicados ese mismo año 1982 en Budapest.

47. Malentendido sorprendente, puesto que hubo una conferencia preparatoria en Balatónalmádi.

de los "grandes dominios" (48).

Pero los comunicantes occidentales tampoco se centraron en el tema. En lugar de abordarlo in vivo, prefirieron las abstracciones, dando paso a "modelos" teóricos orientados en todos los sentidos posibles. Ello no carecía de interés, pero los modelos no tenían la consistencia que se les atribuía y, además, este retroceso frente a lo real escondía muchas veces el desconocimiento o el rechazo (¿inconsciente?) de la nueva problemática (49). Por ejemplo, en lo referente al modelo de "economía campesina", el campesino de Chayanov es en muchos aspectos una ficción: contento con lo que tiene, puesto que sus necesidades esenciales (¿cómo definir las?) están cubiertas, autolimitado en tanto que autosubsistente, nos recuerda al protagonista de las novelas de Giono. Pero ¿existe en realidad?: en mi opinión, sería una excepción y hasta un caso patológico. ¿Cómo un hombre normalmente constituido, un campesino, sea cual sea el escalón de la jerarquía rural en que se encuentre, una vez satisfechas sus necesidades elementales no aumenta sus apetencias y se resigna con el **minimun** vital, sin aspirar a más, aunque solo sea por "salvar la cara" o pensando en el futuro?. En cuanto a E. Labrousse, no utiliza verdaderos modelos, puesto que carecen de rigor, pero establece un parámetro: el de los precios y, frente a ellos, las reacciones potenciales, positivas o pasivas, en función de las disponibilidades. En este caso, a mi ver, el análisis del mercado y de sus variaciones no es lo suficiente nítido (50). Por último, el modelo neo-

48. Yo sugerí esta idea en mi intervención oral en Budepest.

49. Estado de la cuestión presentado en Budapest por M. AYMARD y publicado, anteriormente, en *Annales E.S.C.*, 1983, pp. 1392-1409. Su título: "Autoconsommation et marches: trois modèles". En el original se añade, "Chayanov, Labrousse o Le Roy Ladurie?".

50. La frase siguiente de M. AYMARD: "El otro (modelo), formalizado por E. Labrousse, supone por

malthusiano de E. Le Roy Ladurie contiene un vicio inhibitorio, puesto que se encierra paradójicamente en el respeto hacia una historia "inmóvil" (¿antes de 1750?) y hacia una pretendida revolución agrícola. Ello supone negar los pequeños progresos, finalmente sustanciales que han permitido de manera repetida pequeños y grandes avances en Oriente y Occidente; es limitar también todos los accidentes demográficos a una catástrofe malthusiana de la que no se tiene prueba formal ni en 1348, ni en 1585, ni en 1693 (51).

Habría sido, pues, juicioso, plantear los problemas de antemano y no arrastrar durante todas las sesiones las consideraciones teóricas. Ello hubiera sido tanto más fácil cuanto que la nueva problemática había aparecido en algunas publicaciones recientes, y que los hechos descritos en los resúmenes introductorios recibían, gracias a ella, una explicación más clara (52). Por otra parte, se cayó con frecuencia en el detalle de situaciones particulares —francesas sobre todo— o en la introducción en el debate de nociones que desviaban la atención del tema principal (la propiedad de la tierra, la monetarización...) (53). Tan-

el contrario una respuesta positiva de las explotaciones e las solicitaciones del mercado y una concordancia tendencial, por lo menos a plazo medio, entre los movimientos de precios, de los beneficios y de la producción "... no arregla nada.

51. El pensamiento de Malthus ha sido a menudo deformado como lo destaca J. DUPAQUIER en la introducción a la obra colectiva *Malthus au village*.

52. M. Aymard no cita ninguno de mis trabajos, aunque me haya oído por lo menos tres veces con motivo de su comunicación.. y aunque ambos nos conociéramos.

53. M. Aymard ha intentado estudiar las posibilidades de una explotación totalmente independiente y, por consiguiente, propietaria de sus tierras. ¿Pero la propiedad tiene la importancia que la tradición francesa le ha concedido?. Sabemos después del trabajo de G. POSTEL - VINA Y. La rente **foncière** dans le **capitalisme agricole**. París, 1974, que en el *Soissonnais* los grandes explotadores moderaron su apetito de tierras, prefiriendo arrendarlas cuando tenían necesidad de un excedente. Por otra parte, como ha destacado B.H. SLICHER VAN BATH, si tuviéramos que juzgar

36 *bién nos preguntamos porqué no se aprovechó el Congreso de Budapest para extender la prospección de "casos" tomados en consideración y darle un tratamiento sistemático, en especial en lo relativo a balances de toda clase de explotaciones, tanto grandes como pequeñas. Ello constituye un buen instrumento para verificar una comparación de las ventajas e inconvenientes de las dos formas (y de las intermedias), válida para el pasado y mutatis mutandi, como siempre, para el presente (54).*

No se trata de argucias ni de querellas personales. Entre Ester Boserup, que habla de un proceso dinámico constante y constantemente afortunado, y Malthus resucitado por E. Le Roy Ladurie, que saca a relucir periódicamente la cuestión del agotamiento de los recursos, la vía del realismo es estrecha, pero bien dibujada. Se trata de destacar la actitud positiva de los hombres frente a las dificultades y su capacidad para innovar, adaptarse y progresar, todo ello sin perjuicio de admitir la existencia de fracasos en su actividad —fortuitos o por causas intrínsecas— y sin transformar ingenuamente esta constatación en una creencia quietista sobre el automatismo del éxito en toda clase de circunstancias, sea cual sea la coyuntura, a fortiori si el éxito que se debe adecuar no es solamente el de la autosubsistencia, que al fin y al cabo se consiguió tanto en Oriente como en Occidente pese al crecimiento demográfico, sino el del despegue en la

el nivel de acomodo de los campesinos por su acceso a la propiedad, los franceses hubieran sido más afortunados que los ingleses en 1789. Cf. De agrarische geschiedenis van west-Europa 1500-1850. Utrecht-Amberes. 1962; pag. 352.

54. Para el Congreso de Budapest, B. GARNIER y R. HUBSCHER prepararon un análisis contable de las explotaciones: "Recherches sur une présentation quantitative des revenus agricoles". Ha sido publicada en *Histoire, Economie et Société*, 1984. Recordemos que *Les faux-semblants...*, op. cit. contienen un estudio muy detallado (gracias a la calidad del documento de base) de una explotación del sur de Laval, con presentación de los balances anuales.

sociedad llamada de consumo (55). Con estas precauciones puede llevarse a cabo el parangón económico y social entre la pequeña y la gran explotación, tanto en el pasado como en el presente.

Resta por aludir al tema de la protoindustrialización, el gremlin aparecido en los años 1970 y presente también en Bridapest. En efecto, la economía campesina no ha sido tan "pura" en todas partes para haber integrado, aquí y allá, en dosis diversas, elementos de la industrialización. Una industrialización que, antes de las máquinas de vapor, poseía una existencia específica y unos caracteres originales. En los procesos de evolución de las poblaciones y su modo de vivir es preciso, obviamente, hacer intervenir esta industrialización tradicional y la totalidad de sus consecuencias. El sector se integra junto con la comercialización de los productos, la especialización agrícola, la emigración etc., en la gama de posibilidades para forzar el desarrollo o, más modesta y frecuentemente, para lograr cierto crecimiento. El nuevo punto de vista, como las innovaciones agrícolas antes bautizadas como "revolución", debe ser medido y seguido en el tiempo.

La industria rural no nació en el siglo XVIII, y además, no siempre ha engendrado la industrialización en el XIX y XX: de hecho, las relaciones entre la industria anterior a la máquina de vapor y la posterior a ella han sido a veces tensas y han tenido para las diversas regiones efectos muy distintos, que van, desde la desindustrialización a la concentración o a la transformación local con mantenimiento de la dispersión "rural" como medio de adaptación (como en Francia los Mauges alrededor de

55. La comunicación del Prof. AKIRA HAYAMI en el Congreso de Stuttgart recuerda que el crecimiento demográfico de Asia entre 1300 y 1750 es de 230 a 495 millones de habitantes, más fuerte que el de Europa, que solo pasa de 79 a 140. Lo mismo ocurre después de 1750.

Cholet o el Jura relojero). Todos estos fenómenos reclaman estudios cuidadosos, caso por caso, incluyendo sus incidencias demográficas o, mejor aún sus relaciones con los hechos de población. Agruparlos bajo una etiqueta conjunta —la protoindustrialización—, erigió a esta última en concepto y reificarlo, aislándolo, y absolutizando un momento concreto de la historia son operaciones que parecen inapropiadas intempestivas y, en el límite, nocivas: hay sueños sobre los telares en los pueblos que solo "despegan" en la imaginación. La consulta de las comunicaciones al Congreso de Budapest muestra un caos de representaciones, de intuiciones diversas y de dogmas ya en camino que la discusión no parece, por desgracia, haber superado.

CONCLUSION

Para resumir, vuelvo a utilizar dos verbos empleados al hilo del análisis: la idea problemática separa y, a la vez, integra. Separa los esquemas antiguos, que pudieron tener en su momento una razón de ser, pero que ya no la tienen por haber sido superados o desmentidos: es preciso ser firme en este respecto pues existe una propensión en ciertos historiadores a querer mantener las ideas obsoletas cueste lo que cueste. Pero también integra: los nuevos datos cuando han sido validados por un aparato crítico suficiente. Las consecuencias de esta primera integración afectan tanto al plano de la heurística como al de la teoría.

La nueva problemática no sobreestima a priori la evolución de tal o cual país o la importancia de tal o cual momento, sino que se esfuerza en encontrar su peso exacto. Amplía su campo de estudio a todo el globo y no teme considerar los parecidos entre los crecimientos demográficos de Oriente y de Occidente y entre las respectivas capacidades campesinas. Equitativa sobre este punto, facilita la investigación sobre las verdaderas causas del no de-

sarrollo aquí (o de un desarrollo a la antigua) y del desarrollo allá (o de un fenómeno tipo sociedad de consumo), ansiosa de evitar la fragmentación de la observación y de olvidar que la Tierra es un todo. Atenta, también, a las particularidades de cada época y de cada nación o región no se deja conducir hacia "modelizaciones ejemplares": insidiosas, vanas, y, eii la práctica, decepcionantes. La nueva problemática se interesa lo mismo por Java en los siglos XIX y XX (¡qué magnífico escenario para el estudio de las relaciones entre la agricultura y la demografía!) que por la Provenza y el Beauvaisis en el XVII. Es decir, tiene un punto de vista resueltamente planetario, geográfico, cuantitativo y comparatista.

Añadiremos, finalmente, que admite sus límites y que espera verse sobrepasada en los próximos quince o veinte años; cuando ello suceda, abandonará sus presupuestos y sus conclusiones actuales lo que debía de haber ocurrido hoy con la problemática en vigor ante el estímulo de las nuevas adquisiciones.